ALGUNAS CLAVES sociopolíticas, para comprender la situación del estado español.

- La segunda transición española: Suárez, Felipe VI, Podemos y el Escudo Antimiales
- Capitalismo degenerativo: ¿de clases sin luchas a las luchas sin clases?
- Podemos: La rebelión de la pequeña burguesía
La segunda transición española
Suárez, Felipe VI, Podemos y el escudo antimisiles

Ángeles Díez Rodríguez
Dra. en Ciencias Políticas y Sociología, Profesora UCM

Este texto reflexiona sobre la especial coyuntura que se vive en el Estado español. Se trata de un momento que caracterizamos como 2ª Transición porque, de forma análoga a como se dio a finales de los años setenta y hasta mediados de los ochenta, se produce una crisis económica que coincide con una crisis de legitimidad del sistema político en su conjunto. La inestabilidad política amenaza la estabilidad económica y viceversa.

Ciertamente la situación de la economía del ámbito internacional es distinta —aunque en el ámbito nacional muchos indicadores sociales coinciden—, y en el ámbito de la geoestrategia también hay importantes diferencias —aunque este país sigue teniendo un papel en los planes de la Coalición hegemónica (Estados Unidos y Europa). Pero sin lugar a dudas la diferencia fundamental es que, mientras a finales de los 70 la población percibía una salida positiva de la crisis, hoy las expectativas son totalmente conservadoras: Que no continúen los recortes, conservar el trabajo, que no liquiden la seguridad social, acabar con la corrupción, terminar con el bipartidismo, parar los desahucios.... La población no considera que vayan a mejorar las cosas y su principal preocupación es que no empeoren más.

Por otro lado, tampoco existe un proyecto general de país, por ejemplo, recuperar la soberanía económica o la militar. Mientras que a finales de los 70s la incorporación a la Comunidad Económica Europea se percibía como un deseo general de normalización, o el rechazo a pertenecer a la estructura militar de la OTAN articulaba una parte importante de los sentimientos antiimperialistas y de soberanía nacional; hoy, la doble dependencia (económica y geoestratégica) del modelo implantado en la 1ª transición no constituye un elemento de confluencia hacia un proyecto soberanista de unidad popular.

Así pues, a grandes rasgos, se percibe un patrón nacional similar. Tasas de paro muy altas, precariedad laboral, problemas de vivienda, conflicto social creciente, deslegitimación del régimen saliente de la transición (desde la jefatura del estado al poder judicial pasando por los partidos políticos) y escándalos de corrupción en todos los niveles de la administración. En la esfera internacional nos encontramos con un conjunto de conflictos alimentados por Estados Unidos y Europa, en territorio europeo, cuyo objetivo es Rusia, hasta el punto de que se plantea la existencia de una Segunda Guerra Fría que sirven de excusa para potenciar el nuevo papel de la OTAN considerando el mundo entero como campo de batalla.1


Ambos escenarios hacen confluir los intereses de los agentes económicos nacionales e internacionales en la necesidad de estabilizar el sistema político en nuestro país de modo que no se produzca una salida no deseada, es decir, de rupturas, que hicieran peligrar cualquiera de los intereses ubicados en el territorio español.

Cuando se analizan las claves internacionales de la 1ª Transición española con todos los datos de los que ahora se dispone se plantea una pregunta, si en la Transición de los años 70 la Coalición de la guerra fría, liderada por Estados Unidos intervino en la configuración del sistema político español para garantizar sus intereses geoestratégicos, y si la Comunidad Económica Europea también intervino dando su apoyo a la opción de zonas más moderadas (PSOE) ¿no sería lógico pensar que los agentes internacionales con intereses en el Estado español, también hoy, estén muy interesados en que la estabilidad política siga garantizando estos intereses —ya sean económicos o geoestratégicos—?

En estos momentos, en los que los escándalos de corrupción se entrelazan con la curva decreciente de credibilidad del sistema...
ma político, el fulgurante ascenso de una opción mediática como Podemos podría ser analizada en términos de "voladura controlada" del sistema de partidos (bipartidismo) de la 1ª Transición o, sin ser la opción más deseable para el capital, la menos mala para canalizar el conflicto y conseguir la ansiada estabilidad. Hay que tener en cuenta que hoy en día las decisiones importantes no se toman en el parlemento, ni siquiera en comisiones del Congreso; éstas se toman en reuniones y comisiones ajenas a la vida parlamentaria. No podemos confundir la política actual con el poder. En realidad, el sistema parlamentario es sólo una fachada del dominio de los partidos y los intereses económicos (nacionales e internacionales). Pero sí tiene una utilidad fundamental para la reproducción económica, en la medida en que se pueda mantener la "fe en el parlamentarismo", se mantendrá la legitimidad (consenso, aceptación) de las relaciones de explotación, internas y externas. Tan es así que, una periodista alemana de Reuters especialista en la sección de negocios, apuntaba que el panorama político español se ha convertido en uno de los mayores problemas económicos de España y que puede que pierda uno de sus principales atractivos económicos: un gobierno fuerte y estable. De este modo, en buena lógica gatopardiana, mejor cambiar parcialmente el régimen surgido de la 1ª Transición que arriesgarse a un cambio no deseado. No hay que ser un genio en ingeniería política para darse cuenta de que a pesar de los riesgos, había que hacer un relevo generacional postmoderno, es decir, sin antecedentes político-penal. Dada la idiosincrasia particular del régimen salido de la 1ª Transición, la opción tecnocrática, al estilo griego o italiano, no parecía ser viable para apaciguar el conflicto, entre otras cosas porque los tecnocrata españoles han estado y están implicados en la mayoría de las tramas de corrupción visibilizadas.

El guión del cambio político: La muerte de Suárez y la proclamación del príncipe Felipe

En términos sociales, la 1ª Transición fue, fundamentalmente, la construcción del mito de la clase mayoritaria. La clase media, ideológicamente de centro. En realidad, fue Suárez y la UCD (Unión de Centro democrático) y no el PSEOE, quien proporcionó el imaginario social del centro ideológico capaz de resolver la subjetividad irreconciliable de la Guerra civil, la de las dos españas: la franquista de corte fascista y la republicana popular. El centro simbolizaba el cambio en igual proporción que la permanencia del régimen y el mismo tiempo, hacía cierta la máxima aristotélica de que una sociedad compuesta mayoritariamente por clases medias es más estable. El espectro social quedaba configurado imaginariamente porque la realidad socioeconómica siempre ha mostrado una bipolaridad importante-, en tres grupos ideológicos: el conservador franquista, el de centro y el de izquierdas.

A lo largo de más de 35 años de postfranquismo, los bordes que unían la derecha con el centro y el centro con la izquierda han fluctuado pero todos los partidos con vocación de gobierno han disputado ese centro ideológico en el que descansaba la posibilidad de mayoría parlamentaria.

En el guión de esta 2ª Transición, la de los cambios necesarios para estabilizar el Estado, se inicia con un acontecimiento dramático: la muerte de Suárez. El presidente del gobierno murió el 23 de marzo de 2014 pero en realidad Suárez había muerto el 29 de enero de 1981 cuando dimitió como presidente del gobierno. Estando muerto fue necesario resucitarlo. Entre el 17 y el 22 de marzo agoniizó en un hospital días antes de que las Marchas por la dignidad sacaran a 2 millones de personas en todo el estado con los lemas: "No al pago de la deuda, ni un recorte más, fuera los Gobiernos de la Troika, pan trabajo y techo para todos y todas" Así, el día 23 la violencia al final de las marchas (provocada por los cuerpos policiales) compartió cartel con la muerte de Suárez.

Sin duda fue un intento de revivir en los españoles el deseo de "paz", de "concertación" o de "cambio". Pero fue un intento frustrado ya que el relevo del dictador cayó con liderazgos fuertes (Suárez, González y Juan Carlos I) pero ahora no se vislumbraban personajes que estuvieran a la altura en el imaginario social.

Los hechos trágicos crean un ambiente. Su puesta en escena permite establecer un punto de par-
tida que coloca al espectador en situación expectante, emotiva. En el caso de la muerte de Suárez el relato que se impuso tuvo dos aspectos claves para el objetivo de la estabilización: se ocupó de reforzar el imaginario de una Transición modélica (pacífica) y ayudó a reesignificar las expectativas de la población dirigiéndolas hacia la búsqueda de una "figura clave" que concentrara las aspiraciones de la población.

Si en la 1ª Transición las expectativas fueron limitadas al reconocimiento de determinados derechos y libertades, ahora había que encuadrar hacia la liquidación del bipartidismo y un relevo de los políticos. Es decir, sacar la protesta social de la reivindicación económica-social que, de seguir creciendo, plantearía la ruptura con el modelo de reproducción y acumulación en marcha. El que también llevaba tiempo en descomposición era el monarca Juan Carlos I. No cabe duda de que Juan Carlos prestó importantes servicios a propios y extraños. Las encuestas y barómetros de opinión sobre la monarquía muestran que desde 1994 inicia una caída de popularidad que lleva a suspender a partir del 2011 con un 4,89 y llegar al 2013 a un 3,68 y convertirse en "uno de los problemas de España para los ciudadanos". El esfuerzo propugnádico de la Transición sobre la jefatura del Estado había llegado a su punto de saturación. Los escándalos del monarca difícilmente podrían ser excusados cuando parte de la familia se veía implicada en casos de corrupción. Menos aún en la gravedad situación económica de una parte importante de la población española.

El primer intento de rescatar a la monarquía se produjo con la preparación del relevo, del príncipe Felipe, un joven moderno, "muy preparado", "ejemplar", "próximo al pueblo", al que se había conseguido emparejar con una periodista de buena familia el 22 de mayo de 2004, al fin. Pero a pesar de la arremetida de la propaganda de la prensa del corazón, los programas de televisión etc. los escándalos del monarca, el caso Nóos que afecta a la hermana del príncipe, y los problemas de la sucesión con el nacimiento de la primogénita pusieron en el candelero uno de los aspectos más arcaicos y problemáticos de la Constitución. El problema de la reforma constitucional pasó al primer plano con el tema sucesor y agitó las aguas del nacionalismo.

Pero la baza de la popularidad del príncipe ya se había visto cuestionada en el 2011 cuando una joven activista del 15M en un acto de entrega de los premios príncipe de Asturias, interpeló al príncipe preguntándole qué tenía que hacer para dejar de ser subdita. En plena expansión de las movilizaciones contra los recortes y demandando democracia, aquella pregunta, con un desconcierto evidente y salida de tono del futuro monarca no ayudó mucho al rescate mediático de la monarquía. Tal vez la película de Laurence Olivier que se proyectó en España con el título de El príncipe y la corista sea una buena metáfora de los intentos por reforzar la jefatura del Estado y el papel que de forma precipitada se le obligó a asumir el 19 de junio de 2014 después de la sorpresiva abdicación de su padre que, pocos meses antes, había afirmado no estar dispuesto a abdicar.

La proclamación del Príncipe se produjo con un vacío escalofriante de las calles, con cordones policiales, cachetes, aislamiento y disolución de los pequeños grupos que trataban de visibilizar la oposición a la sucesión monárquica. A pesar de los medios de comunicación un fantasma republicano recorrió las calles de todo el Estado desde la abdicación del monarca hasta la proclamación del sucesor. Felipe VI entraba a formar parte de los esfuerzos por la renovación (no sabemos si pactada o no) del sistema político.

**Podemos y la oportunidad del cambio: De Suresnes a Vista alegre**

En la 1ª transición, el partido socialista español protagonizó un escenario de estabilidad fundamentalmente en los deseos de cambio y de paz social de la población española. En Suresnes (Francia), en 1974, "con financiación alemana, aprobación de Washington y conocimiento de los servicios de información de Franco" se
organizaba el encuentro de los “jóvenes socialistas españoles” que serían los designados para conducir a España por los cauces adecuados. En ese encuentro se articularon los mecanismos de financiación y cooptación de los dirigentes y se designó a quienes liderarían el Cambio. Años después en el XXVIII Congreso del PSOE (1979) González lanzaba un ultimátum a sus bases si no le daban apoyo a su línea política en la que renunciaba al marxismo. La pérdida de las votaciones internas hizo que González dimitiera para poco después ser propuesto de nuevo como secretario general, dar un auténtico golpe de Estado que acabara con las viejedades democráticas y le perpetuara en la dirección del partido.

Los jóvenes socialistas de entonces necesitaron 5 años de pactos y chantage para doblegar a sus bases y liquidar las aspiraciones de transformación democrática de una parte muy significativa de la población española.

Es probable que la conflictividad social de esa época llevara al germen de la ruptura con el modelo de doble dependencia (económica y militar) que se estaba implantando –así lo atestiguan la inquietud de las instancias de poder, los viajes de Prado Colón de Carvajal a EEUU (administrador privado del rey durante 20 años), etc.–. En cualquier caso, en ese momento, la contención social implicaba un maquillaje político creible, una figura joven y un proyecto emocional. Los poderes hegemónicos necesitaban contener el conflicto social tanto por la derecha como por la izquierda. Por la derecha se neutralizar a los sectores fascistas con la figura del rey Juan Carlos elegido por Franco y aceptado por EEUU como figura de relevo, de continuidad y cambio-, por la izquierda, el PSOE se presentaría como la opción más realista para conjurar los demonios de una segunda guerra civil.

Como ocurrió en su día con los apoyos internacionales y mediáticos del PSOE, ahora Podemos, se ha convertido en beneficiario de la aceptación popular que le proporcionan, por un lado, la corporación mediática Atresmedia, por otro, la movilización del 15M cuyo discurso fue apropiado por los profesionales podemistas, y por el reconocimiento internacional de cierta izquierda francesa, la vinculada al partido izquierdista Anticapitalista (IA), partido del que se sirvieron los promotores de Podemos para concursar en las elecciones europeas y que más tarde se convertiría en un lastre para el imaginario “novedoso” de sus bases hasta el punto de tener que prohibir la doble militancia. Poco antes del encuentro celebrado en Vistalegre, el dirigente de Podemos lanzaba un ultimátum a las bases para que aprobaran en bloque la estructura de partido vertical y centralizada que él promocionaba frente a la propuesta de Pablo Echenique de dirección colegiada. Así, Pablo Iglesias se convertiría en Secretario General de un partido al uso (Cualquier parecido con el proceso del PSOE en los años 70 es pura casualidad).

En un primer momento era necesario convencer a los sectores movilizados (15M, marxsas) no tanto con propuestas sino con consignas próximas a la creatividad del 15M, después, como señalan las encuestas de los potenciales votantes, se trata de las clases medias (ni de izquierdas ni de derechas, los votantes de Podemos...). La segunda fase del discurso se dirige a la reconstrucción del Centro. Los personajes se turnan en las tertulias, se modera el discurso y se intenta generar "sensación de tranquilidad".

Consciente o inconscientemente los promotores del nuevo partido conjuran el peligro de que los cambios reclamados en las calles apunten hacia cualquier ruptura. De las masivas movilizaciones del 2011 en las que los núcleos más conscientes tomaron las riendas de las luchas, sin lideres, sin verticalidad y sin centralización pasamos al votante especulador que quiere salir del shock pero sin costo, sin esfuerzo, a lo sumo "participando" en las redes sociales o "dandó su opinión en los círculos". En este sentido, Felipe González o Pablo Iglesias son figuras intercambiables en un imaginario de oportunidad de cambio, no se sabe hacia donde, es decir, una representación de ese deseo. Como entonces se establece el par flusión versus desafectación. El público elude el conflicto real, prefiere verlo representado. Puede que los pueblos del Estado Español sigan siendo rehenes del miedo ya congenitado y enfrentarse unos con otros, al trauma de la Guerra Civil parece haber vacunado a los españoles contra cualquier forma "violenta" de resolver los conflictos o paliar por sus demandas, o tal vez tenga razón Antonio Treviño cuando afirm...
ma que el pueblo español, como el alemán, resultado del trauma de la guerra, rehuye el enfrentamiento.

Lo cierto es que en el Estado Español el trauma social que significó la Guerra Civil no fue resuelto con la primera transición. El silencio cubrió y demostró a los que se atravesaban a reivindicar justicia, o plantear la lucha de clases como el eje neurálgico de cualquier cambio en profundidad. ¿Se avanza también una segunda generación del desencanto?

Walter Lippman, periodista estadounidense, sacaba las enseñanzas de la propaganda de guerra y de su trabajo como informante en la primera Guerra Mundial y decía: “si ante un cierto número de personas, cada una con sus propias tendencias en términos de respuesta podemos encontrar un estímulo capaz de despertar la misma emoción en muchas de ellas, esto podría sustituir a todos los estímulos originales [...] La síntesis de lo que todos desean es lo que hay que buscar para despertar en todos la misma emoción”. Así es como Lippman teorizaba sobre la necesidad de encontrar un sentimiento común que pudiera ser manipulado políticamente para que los ciudadanos, que en un sistema democrático pueden pensar lo que quieran, piensen lo adecuado. En estos tiempos convulsos, uno de estos estímulos comunes, que puede despertar en todos, es en todos una misma emoción, la esperanza (ilusión); un concepto abstracto, vacío, susceptible de ser llenado adecuadamente. La esperanza de ser salvados –que tan certeramente explota el éxito del programa de Jordi Évole en la cadena de televisión Las Sexta– se conjuga con el sentimiento, también compartido, de la indignación de los sectores populares ante el gran descalzado de los bancos y los políticos.

La esperanza de que todo se solucione de que volveremos a lograr un estado de seguridad –un nuevo estado de bienestar aunque sea raquítico– se canaliza a través de otro sentimiento mucho más inocuo “la ilusión” (tema electoral de Podemos). La propuesta, que no el programa, de Podemos ha respondido, como responden los anuncios de televisión a los deseos previamente creados, en este caso: castigar a los políticos. ¿De quién esperaban el castigo? De los jóvenes “sobradamente preparados”, de los “hijos o nietos” que no encuentran trabajo y se ven obligados a emigrar. “Si oyes ruido de cascos, piensas en caballos, no en cebros” Es la forma en que funciona la navega de Ocas solidariamente en política, no sólo en cine. De modo que si alguien dice que hay que acabar con la “cara” todos piensan en los políticos no en los empresarios o en acabar con el sistema que “produce a la cara”. De este modo la narración que elabora Podemos o quienes diseñan su estrategia electoral responde a una estructura dramática clásica: primero creación y después postergación de la esperanza.

El significante vacío ilusión vehículo el liderazgo de la nueva formación. Su construcción mediática no es la de un político sino la de un performer, un perfil moldeado como presentador, tertuliano, chico malo... Los Círculos se articulan como clubes de fans y los electores harán el resto: apaciguar las turbulentas aguas de la indignación con la vacuna de las urnas.

**Un escudo a prueba de políticos: “De entrada no” y “si pudiera sí”**

De la misma forma que en el ámbito político los cambios que se están produciendo no se dirigen a romper con la dependencia económica que nos convierte en un país sin soberanía, lo mismo ocurre en el ámbito militar o geoestratégico. Sin duda es significativo que, igual que González en su día hizo la campaña de la OTAN de entrada no el nuevo partido se muestre remiso, ambiguo en su posicionamiento ante la estructura bélica de la que formamos parte; o que ante temas especialmente escabrosos apele a la “soberanía de los círculos”, como en el caso de la marcha contra la Base militar de Rota de lo que se desvinculó porque esa Base genera puestos de trabajo en la zona. Los cambios en el sistema político español tributan también a la estabilidad militar que en estos momentos es una de las claves de la configuración del orden mundial con hegemonía estadounidense. La premisa que ya demostró Joan E. Garóf en su investigación, Sobranos e intervenidos, puede hacerse extensiva a los cambios actuales, y es que, la forma que adoptó la Transición española, se entiende mucho mejor desde la perspectiva de los países estadounidenses para la península en el contexto de la Guerra Fría y la defensa de...
sus intereses estratégicos; y también en función de los intereses europeos, hoy en día, el pago de la deuda.

Durante y tras la II Guerra mundial los informes confidenciales desclasificados mostraban que el interés de los aliados en la Península Ibérica era como emplazamiento geográfico, entrada occidental al mediterráneo y tránsito de las rutas internacionales. Cuando el fin biológico de Franco estaba próximo y se sucedían las movilizaciones sociales y los conflictos, cuenta el jurista Joan García, que el presidente Nixon transmitía a Franco, a través de sus servicios de inteligencia, que a Estados Unidos le interesaba una sucesión ordenada que “no quería ver desarrollarse una situación caótica o anárquica” en España. Se trataba pues de preservar el dominio del territorio, la economía y los recursos españoles en manos de los centros de decisión de la Coalición occidental.

Los documentos desclasificados que analiza García demostran que durante décadas los servicios estratégicos de EEUU barajaban distintas opciones pero todas ellas al servicio de la estabilidad interna que garantizara la preservación de los acuerdos internacionales minimizando el riesgo de que los movimientos sociales “asumiéran el protagonismo del cambio y lo condujeran hacia horizontes distintos de los programados”, es decir, un cambio controlado”.

En el terreno de los intereses internacionales, en abril del 2007, según cables desclasificados de wikileaks, el subdirector de la Agencia de Defensa de Misiles norteamericana, Patrick O’Reilly, se vio con Zapatero para tratar de convencerlo de que apoyara el programa de defensa antimisiles de EEUU y en concreto la parte correspondiente a la utilización de las bases españolas. Con Barack Obama en la Casa Blanca y poco antes de las elecciones generales en España, José Luis Rodríguez Zapatero –el presidente que ganó unas elecciones trayendo a las tropas españolas desplazadas en Irak-, viajó a Bruselas a la sede de la OTAN y anunció que España se sumaría al proyecto del Escudo antimisiles permitiendo la instalación de cuatro destructores estadounidenses en la Base Naval de Rota (Cádiz). El escudo antimisiles es heredero del proyecto conocido como La guerra de las Galaxias que inició Ronald Reagan en 1983, insertándose después en la estrategia de la administración Bush de “el mundo como campo de batalla”, nueva forma de concebir la guerra globalmente sin obstáculos, ni del derecho internacional ni de las jurisdicciones de ningún país socio.

La OTAN encargó sus primeros informes de viabilidad de utilización de la Base de Rota en 2001 estableciendo que será una de las piezas fundamentales del sistema en Europa. En diciembre del 2012, ya con Rajoy en el poder, se amplió el tratado de utilización de las bases.

Así pues, la nueva jefatura de Estado, símbolo de los jóvenes sobradamente preparados, la nueva muerte de Suárez, imagen de la traición consensuada, el ascenso electoral de la opción mediática Podemos, significativo vacío de la promesa socialdemócrata, y el escudo antimisiles, con una de sus garras en la base naval de Rota, son el guión que a modo de rompecabezas nos coloca en el camino trágico de un pueblo que perdió una guerra, sufrió una dictadura y se tragó una monarquía. Y ahora, temeroso de sus propios deseos de democracia real vuelve a aceptar el camino pretzalado de la continuidad remozada.

Pero no olvidemos que el tiempo de las revoluciones no coincide con nuestro tiempo biológico y que, aunque los cambios que se vislumbran en el horizonte inmediato parecen significar un importante retroceso, la historia y la memoria de los pueblos son torzudas, emergen cuando menos se las espera. Tal vez el ángel de la historia vuelva de nuevo su rostro para rescatar de los escobros la potencia transformadora de cujos pedazos podamos comenzar, de nuevo, a construir el principio transformador que se iniciará, sin duda, como un proceso de recuperación de la soberanía.

7 Ibidem, p. 174
8 P. O’Reilly se convirtió en director de la Agencia de Defensa de Misiles con la administración Obama.
Capitalismo degenerativo
¿de las clases sin luchas a las luchas sin clases?

Andrés Piñeras
Universidad Jaume I De Castelló.

Tras la Primera Gran Crisis del capitalismo histórico, éste renotó a parte de sí mismo para pasar a estar cada vez más asistido por el Estado a través del Departamento III o de servicios sociales, encargado de absorber la plusvalía que los otros dos (el de producción de bienes de equipo y el de producción de bienes de consumo), no podían reinvertir de cara a la acumulación. Esto lo transformó en un capitalismo social, es decir un híbrido, que es el que subsistió de forma dominante hasta los años 70-80 del siglo XX en los núcleos centrales de acumulación del Sistema y cuyo "código reformista" permitió la supervivencia del mismo.

Es decir, se tuvo que violentar la propia razón de ser capitalista, mediante la transformación del Estado en una entidad crecientemente interviniente en la economía y la metamorfosis por tanto de ésta en una "economía mixta", funcionando a cuesta de un creciente sector social que desmercantilizaba condiciones de reproducción de la fuerza de trabajo, las cuales quedaban convertidas en "servicios sociales". Igualmente se desmercantilizaba parcialmente la propia fuerza de trabajo a través de sucesivos derechos socioeconómicos. Una consecuencia determinante de ello fue que el movimiento obrero estaría en alta medida encaminado mediante sus organizaciones de representación política y laboral dentro del marco de las relaciones sociales de producción capitalistas, en una forma de regulación corporativista (organización de intereses a escala nacional a partir de grandes organizaciones que representan coaliciones de fuerza, suprasectoriales, de actores cohesionados en torno a incentivos y elementos ideológicos expresos, que tratan de articularse en programas de actuación económica y sociopolítica convergentes). Este proceso conllevaría a su vez la constitución de nuevos individuos, así como formas de subjetivación social coherentes con ese estado de cosas. Las luchas de clase se acomodaron igualmente al "capitalismo regulado" (para centrarse en su vertiente cuantitativa: en pro de un mejor reparto de la plusvalía o para menor extensión de la explotación laboral, ante todo).

Esto hizo describir a este periodo como de "paz keynesiana" o de clases sin luchas. Con él, el capitalismo parecía haber encontrado también la piedra filosofal del crecimiento sin crisis. Un ciclo virtuoso de producción-consumo-producción... aparentemente sin fin. Pero su enfermedad crónica de sobrecumulación se encontraba latente en todo el ciclo.

Cuando la pérdida de eficacia de los mecanismos anticíclicos keynesianos se empezó a hacer patente, se dieron también las condiciones propicias para abrir el camino a iniciativas de represión de la demanda y regresión fiscal, combinadas con políticas restringidas y de control del déficit y de la inflación, así como de fomento de la financiarización privada. Sorbian las que presidirían en adelante por doquier las estrategias de gobierno de un capitalismo que iniciaba su dimensión transnacional.

El capital emprendëría diversos desplazamientos fuera de la economía productiva de las formas sociales centrales. Entre los más importantes: desplazamiento especial (hacia lugares donde la composición técnica del capital fuera menor) y, por tanto el peligro de sobrecumulación no fuese inminente); desplazamiento técnico-organizativo (hacia nuevas tecnologías, sobre todo "inmateriales", capaces de servir de motor de arrastre a la acumulación, y donde la organización del salariado no estuviera presente o fuera menor); y desplazamiento financiero (fuera de la producción, para iniciar una ingente...
El bipoder de las finanzas y el neoliberalismo-financiero como nuevo modelo de dominación-explotación

Los mercados financieros fordistas facilitaban la actividad del intercambio final, es decir la realización del mecanismo de acumulación capitalista sin interferir demasiado ni en la fase inicial de financiación (que dependía en gran medida de la Banca), ni en las decisiones sobre producción ni en la esfera de la distribución funcional de la renta.

En adelante ocurriría justamente lo contrario y, en general, la acumulación capitalista dependería cada vez más de los mercados financieros y menos de las políticas públicas estatales y de la gestión de la deuda pública. Cambiaría también, con ello, las formas de consumo productivo de la fuerza de trabajo y de reproducción de la misma.

Por lo que toca a la producción y a la relación laboral, el neoliberalismo-financiero ha conllevado, entre otras muchas consecuencias, la priorización de formas de crecimiento económico que no dependen del aumento de la capacidad productiva de la hora de trabajo. Un crecimiento sin acumulación que tiene, entre otras, una consecuencia especialmente importante para la gestión de la fuerza de trabajo, y es que el salario muestra una creciente arbitrariedad en su composición, que no interviene más y más en la medida de trabajo realizado, estando cada vez menos relacionado con cantidades concretas de tiempo relativas a unidades discretas de producción, para pasar a vincularse a la relación dentro de la jerarquía empresarial, a la promoción personalizada (que implica la competencia horizontal entre otros posibles ocupantes de esa posición), en detrimento, pues, de cualquier opción identitaria laboral colectiva.

Ni que decir tiene que el salario aumenta también, así, su poder disciplinador, y traslúce cada vez más lo que siempre se supuso que debía ser pero que nunca terminó de realizarse debido a las resistencias del Trabajo: una medida arbitraria, un simple dispositivo de movilización y sujeción de la fuerza de trabajo (sobre esto último, Piqueras 2011, para el conjunto de lo expresado en estos puntos hay una excelente síntesis en López y Rodríguez, 2010).

El ataque frontal al pilar keynesiano de la protección de los salarios a la productividad, que fungió como patente general en el núcleo duro del capitalismo mundial, puede realizarse así de forma más eficaz e impune.Tal desvinculación del salario respecto de la productividad, la descomposición de la regulación laboral colectiva y la debilidad contractual del capitalismo financiarizado han conducido a una creciente individualización del salario. De la lucha por el salario como variable independiente, propia de la radicalización de la oposición del Trabajo en la fase final keynesiana, pasamos así a la dilución en aumento de la contraparte obrera en el conflicto Capital/Trabajo. Por su parte, las rentas financieras sucesivas a la valorización creciente de los bienes de inversión (o “activos”) hacian los que se canalizó el ahorro, fueron hasta la manifestación de la crisis en 2007, sustituido para variadas capas de la población asalariada, de la seguridad colectiva, la seguridad social, que fue objetivo y resultado de las luchas secua- res del Trabajo y que conformó el núcleo duro de la modulación reformista que permitió la sobrevivencia de la acumulación capitalista durante buena parte del siglo XX, la sociedad en la que se llamó “keynesianismo del precio de activos”. Todo ello iría indiscutiblemente unido a la antedicha del individualismo propietario de la mano de estos procesos ha tenido lugar una profunda modificación de los modos de pertenencia y acceso a los derechos respecto de los de la sociedad industrial clásica, en la que el trabajo era el principal medio de pertenencia social y en la que existía un consenso respecto al reconocimiento de la valía de la actividad laboral (e incluso en alguna medida, de su dignidad), que se constituía en la principal fuente de riqueza social y de posibilidades de vida de la absoluta mayor parte de la población.

2 El régimen de acumulación fordisto-keynesiano se sustentaba en la ética del trabajo analizado y en la doble lógica desarrollada y bienestar-ocupación, así como en la democracia en el desarrollo del consumo-circulación de los mercados. Mientras que el proceso de acumulación (o de la productividad de las mercancías —sobre todo de carácter material) se basaba en mecanismos disciplinarios directos destinados a la subordinación del Trabajo (Fumagalli, 2010).
El Estado Social se constituyó en tomo a la protección de esa relación laboral y a la procura de la integración disciplinada de la fuerza de trabajo implicada en ella. Por contra, la financiarización de las economías familiares, los ataques desde diferentes fuentes al salario y la dilución de la propia relación salarial consiguieron quebrar buena parte del entramado de la sociedad del trabajo.

Para crecientes capas de la población asalariada la prestación laboral fue sustituida o complementada de alguna manera por la propiedad en “activos” como fuente de renta. Por eso mismo creció la importancia del trabajo-empleo como medio destinado a la compra de activos, consiguiéndose de esta guisa un ingente trasvase de los salarios a todo tipo de instituciones y arrendamientos financieros. Lo cual reafirmó el cambio en las formas predominantes de obtención del beneficio financiero: de formas intensivas basadas en altos tipos de interés, se ha pasado a formas más extensivas sustentadas en una penetración creciente de las dinámicas financieras en el tejido social (Midnight Collectives, 2009) y en operaciones financieras basadas en el apalancamiento masivo, erigiendo a éste como importante impulsor del crecimiento.

Nuevas formas de conciencia, de organización y de lucha social
Con las nuevas formas de gestión social, de estructurar los procesos productivos y de controlar y gastar productivamente a la propia fuerza de trabajo (a menudo en procesos de ultra-explotación, combinando expresiones týloristas-fordistas y pretýloristas, con formas “cognitivas” de extracción de la plusvalía, etc.), se alteran también las formas de subjetivización y de conciencia posible.

Si los servicios necesarios para la vida se fueron realizando cada vez más a través de medios financieros, la seguridad social es sustituida por la gestión individual de la propia superavitividad, esto no puede dejar de influir en la conciencia social.

Si el empleo va perdiendo a toda velocidad su centralidad en la vida de los individuos y el salario deja de ejercer una labor integradora (cada vez más población queda al margen del mismo y cuando la relación salarial todavía existe ya no garantiza a menudo el abandono de la condición de pobreza), forzosamente se verá afectada también la condición laboral, la identificación de la población como “trabajadora” y, en general, la propia conciencia laboral y social (que quedan empotradas en el magma neoliberal, en las formas neoliberales-financieras de hacer sociedad). Una nueva forma de “ser social” adquiere más y más auge: el homo neoliberalis.

Todo lo cual no era ajeno a las nuevas formas de gobernabilidad que se habían venido asentando. Formas que requerirían en lo sucesivo de la colaboración activa de los individuos en su propio gobierno. Ciudadanos libres, producto de la creación de condiciones subjetivas que promueven su autodominio, autorregulación y autocontrol.

El modelo neoliberal-financiero ha conllevado, además, drásticos cambios que modificaron profundamente las posibilidades y formas de organización y de incidencia políticas, especialmente en las formaciones centrales del sistema capitalista.

Efectivamente, en éstas el declive de la gran fábrica y del modelo de regulación fordista, el ocaso del obrero-masa, la segmentación de las categorías profesionales y el deterioro de las profesiones propias del Estado Social, la arbitrariedad del salario y la multiplicidad de formas de distribución de la renta o la riqueza social por fuera del mismo, el empobrecimiento de más categorías de trabajadores, han conducido también a la decadencia de las formas de organización, representación y participación política tanto prvias a, como propias de, la etapa keynesiana. A ello se sumaba un factor decisivo: la dilución del sujeto vertebrador de las luchas del trabajo hasta esos momentos: el sujeto obrero.

Las expresiones organizativas y asociativas de la “nueva sociedad civil” neoliberal que las sucederan, resultarían de la fragmentación o dilución de los anteriores sujetos sociales, por lo que presentarían en adelante mucho menor dimensión y escasa amplitud de sus propuestas e intervenciones. También aquellos se habrían transformado en microsujetos, de un radio de acción mucho más limitado y reducido en general a la esfera privada colectiva, esto es, a las reivindicaciones de asuntos cercanos e inmediatos de ciertos sectores de población (testimonio de una generalizada pérdida de universalidad de las luchas, etc.).
estrachamente vinculadas a formas onéregolistas de intervención social."

La inmaterialización de las fuentes económicas de la acumulación ha ido dando paso a un tipo de capitalismo capaz de adueñarse del conjunto de la vida de los individuos, de todos sus matices sociales, sus potencialidades cognitivas y relacionales. Lo que ha dado en llamarse "capitalismo cognitivo", en cuanto que cada vez más dependiente del conocimiento colectivo o "general intellect" (por ejemplo, Fumagalli, 2010; Fumagalli, Lucarelli, Marazzi, Negri y Vercellone, 2009; Vercellone, 2011).

El "capitalismo cognitivo", que viene emportado en el modelo neoliberal-financiero, ha condicionado, consecuentemente, las posibilidades de articulación de los agentes sociales. Así, el desarrollo del capitalismo industrial trajo emperejadas formas burocráticas de organización (asumidas también por el movimiento obrero), que con frecuencia terminaron por desembocar en estructuras relativamente jerarquizadas, con no desdichada trapecia y comunicación horizontal. El "capitalismo cognitivo", de corte informacional, fomenta por contra, formas organizativas virtuales, reticulares, ante la descomposición de las formas físicas de reunión y organización tradicionales.

Los agentes sociales se organizan cada vez más a través de "arcosiris", rizomas, redes, webs... que conllevan altos grados de igualdad interna, transparencia y democratización horizontal. Formas de organización blandas, flexibles, adaptable a diferentes formas de conflicto, pero en contrapartida, con relativa escasa operatividad a escala estructural, poca constancia y más escasa aún definición de proyecto social propio. Concomitantemente, el antagonismo de clase se desplaza, se dispersa en otros conflictos, o bien adquiere nuevas expresiones. Los actuales procesos de acumulación capitalista, las redes, las nuevas tecnologías y las nuevas subjetividades, han dado paso a otras formas de constituirse los sujetos sociales, a posibles nuevas formas de ser sujetos.

La degeneración del modelo neoliberal-financiero. La cronificación de la crisis

Durante la transición del feudalismo al capitalismo las derrotas de las luchas por los Comunes (los Bienes Colectivos) propiciaron la conversión por doquier de la población en multitud o muchedumbre. Es decir que las protestas y resistencias poblacionales se tomaron predominantemente desestructuradas, descentramadas, dadas bajo la forma de masas o muchedumbre, con escasa proyección de alternativas sociales, aunque con una contundente dinámica de enfrentamiento. Se trataba en el fondo, como nos trazara Thompson (1979), de un conflicto, a veces lavado, a veces explosivo, entre la economía de masas y la nueva economía política basada en la ley del valor.

Poco a poco la consolidación del capitalismo, las Revoluciones Industriales y la extensión del proletariado y el salariado fueron perfilando el nacimiento de nuevos sujetos políticos que daban vida igualmente a nuevas organizaciones y comunidades políticas (sindicatos, agrupaciones obreras, partidos...), en sustitución de los vínculos primarios que deshacía aceleradamente el capitalismo industrial. Dos siglos después, esos sujetos, organizaciones y comunidades se han ido desmontando por el neoliberalismo-financiarizado, provocando una vertiginosa vuelta a la masa o multitud, que ha ido dejando hasta hoy cada vez más desfasados a los individuos frente a las luchas de clase desatadas por el Capital en todos los ámbitos de Vida: en gran medida, ahora frente a la gran mutación en curso del capitalismo. Más si tenemos en cuenta que todo el entramado descrito para la financiación de la reproducción social se vería ranzado al romperse la conexión virulenta entre salarios y rentas financieras, con la materialización de la crisis en este nuevo siglo.

Según el neoliberalismo patenti-z su fracaso y cae en picado su hegemonía, según el capitalismo monetizado y destru- bilitando o suprimiendo las vías y mecanismos de integración—tan- to como las formas "integradas"— de hacer política o los propios fundamentos de la "seguridad social", ahora ya sin contrapartida especulativo-financiera—el Sistema es más susceptible de propiciar al tiempo el renacer de las vías u opciones rupturistas con este orden de cosas, y pudie-ra ser que en breve también las insurreccionales. Igual que el proletariado de la Primera Revolución Industrial...
sin posibilidades de integración y sin todavía elementos propios de intervención sociopolítica, se decantó por esas vías hasta que logró forzar el conservadurismo moderno y las primeras reformas sociales (aunque los Bienes Comunes quedaron fuera del alcance de la autogestión, al menos bastantes de ellos fueron proporcionados, de forma vertical e individualizada, por el Estado). Con ellas arribía la posibilidad de intervenir “politicamente” dentro de la institucionalidad capitalista. El actual proletariado (“procarriado”) podría reemprender pronto aquellos caminos rupturistas, más probablemente cuanto más abiertas estarían las vías de integración y participación social y política dentro del Sistema.

Convien tener presente que la lucha por los Comunes comprende en la actualidad la preservación o recuperación de “servicios sociales” y “derechos” frutos de todo un ciclo de conquistas históricas. Pero entrañaba, además, las formas inmateriales de establecer el “general intelectual”, las maneras vivas de incorporar el desarrollo tecnológico a los seres humanos, las vías de comunicación y conocimiento social que se han ido abriendo con aquel desarrollo que sustentó lo que pretende ser un “capitalismo cognitivo”. La Economía Social, solidaria, de los Bienes Comunes, son algunos de los nombres que se están dando a las plasmaciones reales en que se lleva a cabo aquella lucha y que tiene uno de sus frentes en la resistencia a su propia absorción por el biocapitalismo actual que, no lo olvidemos, persigue el control y apropiación de las condiciones colectivas de sostenimiento de la Vida y de cooperación y asociación de los individuos y colectividades en su propia supervivencia. Dependía crecientemente de todo ello, como de la propia potencialidad que generan las poblaciones, para la transformación de esas “economías de vida”, de ese intencionalmente llamado “capital social”, en capital y plusvalía privados.

Ante la destrucción de las vías de integración social y frente a la necesidad urgente de recuperar los Comunes dada la reedicción de las formas más violentas y “mañosas” de “acumulación primitiva”, no es de extrañar que muchas de las actuales expresiones organizativas y de constitución de nuevos sujetos de lucha, se asemejen en algún sentido a las del primer proletariado: comunas, anarquistas, de autogestión, de mutua ayuda, de potenciación de las capacidades mutuas, cooperativas, etc. Muchas de ellas apelan de nuevo a una pretensión de ausencia de suturas entre el cuerpo social y el cuerpo político, gracias a lo cual las masas, las multitudes darán rienda suelta a su instinto natural de emancipación, generando una nueva época de “luchas sin clases”. Surgen así proyectos identitarios con pretensión omnipresente del total de la sociedad (a veces vista ante todo como “nación”), como si ésta fuera una única voluntad, un 99% capaz de derrocar poderes, dando a las multitudes toda la capacidad de poder hacer. Es el mito reinventado de la sociedad unida, “la comunidad de iguales” más allá de las clases, y que proclama a la “multitud” como la clase-no clase que incluye o representa a todas las demás. Asistimos y asistiremos por eso a la creación de nombres-maestros con una capacidad de captación imaginaria sorprendente.

Pero más allá de los utopismos que contemplan a lo social (digamos, al movimiento espontáneo de las poblaciones) como auto-comprensivo y autorrealizativo, de manera que señalan una vinculación directa, inmediata, entre agentes sociales y sus prácticas políticas, productivas y culturales, reactivando el tópico idealista de absorción de lo político en lo social, sabemos que la fragmentación y alienación sociales requerirán siempre de la Política como manera de concitar, poner en juego y enfrentar opciones, intereses, proyectos, vías y formas de acción; como práctica concreta que ha de enfrentarse a lo real, como campo donde se dirimen las oportunidades de vida de las poblaciones. Por eso, ante la mutación en curso hacia un nuevo tipo de capitalismo mucho más siniestro (en nada parecido al de la “paz social” keynesiana), tendrán que coagularse nuevas vías y maneras de construcción de sujetos, nuevas formas de organización de éstos. Ahora estamos asistiendo a la transición hacia ellas. En cualquier caso, mañana como hoy, la clave para que “podamos” transformar reside tanto en conseguir la hegemonía social cómo en quién y para qué la consigue. Frente a cualquier opción delegativa de supuestos “salvadores del mundo”, continua y continuarán siendo necesarias la autogestión y la autonomía sociales, única
manera de tener alguna garantía respecto de la participación política de las grandes minorías en la forja de su propio destino.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

Podemos
la rebelión de la pequeña burguesía

J.I. Vieites

Hace 30 o 40 años los sociólogos debían volver a la idea de las clases sociales, y acuñaron el término de la nueva pequeña burguesía urbana, un grupo social que iba más allá de la idea de pequeña burguesía dominada por tenderos y comerciantes. En aquel momento ya dominaban los funcionarios y los técnicos, y las nuevas profesiones que se abrían a Europa y se veían encorsetadas en los viejos pilares económicos del tardo franquismo. Este grupo social se vio finalmente englobado en el de las nuevas clases medias, en las que se acomodaron la clase obrera más cualificada y cualquiera que se sumara al ideal de la sociedad de consumo, sin ser rico.
Hubo un tiempo en el que los partidos políticos representaban a las clases sociales –bien sea de forma clara en su mismo nombre (partidos obreros, de los trabajadores) o subrepticiamente bajo la idea de nación- pero con la entronización de la clase media como base del equilibrio social y de la legitimidad del sistema, los partidos devienen en productos electorales bajo la libertad de gustos, algo que se acusa especialmente con el bipartidismo. No obstante antes de decrecer el fin de la clases sociales el PSOE de los años 80 hizo una importante contribución a la recomposición de las clases asumiendo no solo la representación, sino también la organización y colocación en la agenda política de las aspiraciones de esa pequeña burguesía cada vez más amplia, culta y ambiciosa. Y lo hizo buscándole un sitio (a veces muy concreto) en la modernización del país y en la entrada en Europa. (Luego algunos llegaron más lejos, entronizando...
directamente con la plutocracia). Esta cada vez más amplia pequeña burguesía/clase media no dejó de ser una clase subordi-
nada, pero contava con su suerte, base electoral inconsciente de su subordinación. La evolución generacional y sobre todo el im-
 pacto y empobrecimiento debido a la crisis y al atra
cheramiento de los poderosos en su propia cla-
 se, pues efectivamente la pluto-
 cracia se reclama directamente
class media y de la exclusión social
un hecho: pero ¿los de abajo
confluenc con los de más abajo, y
con los de abajo del todo? La
pequeña burguesía -desgajada de
su tronco burgués- es la fracción
motora de un nuevo proletariado
en el que confluyen con la clase
obrera tradicional y con los nue-
vos pobres. ¿Es podemos el par-
tido que representa los intereses
del nuevo proletariado, y por tan-
to la herramienta con la que las
clases subordinadas se constitu-
yen como alternativa social?
Resulta difícil pensar que los po-
lítólogos que dirigen la joven for-
mación no se hayan hecho estas
preguntas, pero es fácil inferir que
las preguntas y las respuestas -si
las tienen- no las hagan públicas,
pues esta pequeña burguesía que
se les ha caído en tromba huiría
de planteamientos que los lleva-
ían a cuestionar su propia forma
de entender su manera de estar
en el mundo, asumir una revolu-
ción ciudadana que tendría una
largas caminata por delante, en-
tender que frente a la economía
del crecimiento hay que oponer
una economía de la pobreza. No
os aquí el momento de alargarse
en esta idea de economía de la

La recomposición de clases a par-
tir del empobrecimiento de la cla-
se media y de la exclusión social

pobrez, pero para evitar falsos
interpretaciones daré simplemente-te que se trata de una economía
que se ocupe de las necesidades
de las personas de carne y hueso,
y no de maximizar el beneficio.

En la Roma antigua era proleta-
rio el que solo podía contribuir
al engrandecimiento del Estado
con su persona y su progenie, los
libros pobres, que solo disponen
de su energía vital, hoy hay que
reivindicar el concepto de prole-
tariado como la clase social que

área de la Naturaleza y la capacidad
de consumo, capacidad que puede
venir a aumentar su fuerza vital,
o como en la droga, a disminuir-
la. No dispone del capital, ni del
control de las corporaciones, ni
lo logística y la tecnología
(aunque sí del conocimiento) ni
de los recursos naturales, ni de
las redes de control económico,
social, institucional, es decir, no
dispone de nada de aquello en lo
que se asienta el poder del capi-
talismo. Y por no disponer de ello,
or en perder paulatinamente su
pequeña participación en ello, es
por lo que la pequeña burguesía
se proletariza.

Por ahora es una buena noticia
que este grupo social se desga-
je de su tronco matriz y encuentre
en podemos su representación
política. Pero para la larga mar-
cha que los de abajo tienen que
afrentar para cambiar el sistema
o alterar seriamente sus condi-
cciones de existencia, este nuevo
proletariado en gestación debe
integrar sus distintas fracciones-
los nuevos pobres, la tradicional
clor obrera, los excluidos-

En una hermandad (unidos hermanos
proletarios) que va a tener más
de una referencia política, sindi-
cal, organizativa. Tiene que re-
construir lazos sociales solidarios
que actúen directamente en la
vida diaria, tiene que afirmar sus
propios valores en los que asen-
tar un proyecto común. Un pro-
yecto común que se expresará
dictópolítica y socialmente como fren-
te, convergencia o unidad popu-
lar, pero siempre amplia, plural y
diversa a la vez, en palabras del
filósofo Luis Villoro “abajo y a la
izquierda”.

50 DESAGOS ANÁLISIS 61